

Levantó los ojos y contempló á Hutin; todo la agradó en él: su rostro, sus miradas, su voz de consoladora dulzura. Hinchóse de agradecimiento su corazón, y contestó con algunas palabras amistosas é incoherentes:

— Sois muy bueno..... no os molesteis..... gracias mil, caballero.

Hutin se reunió á Favier, al que dijo en voz baja:

— ¡Qué sosa! ¿he?

Ya arriba, se encontró la jóven en plena seccion de confecciones. Era una vastísima pieza rodeada de armarios altos de pino tallado; sus cristales, de una pieza, daban á la calle de la Michodière. Cinco ó seis mujeres con trajes de seda, coquetamente arreglados los flequillos del cabello, trabajaban charlando. Una de ellas, alta y esbelta, con la cabeza levantada y aire de caballo desbocado, estaba recostada en un armario, como rendida de cansancio.

— ¿La señora Aurelia? — preguntó Dionisia.

La oficiala la miró sin responder, como desdeñándola por su modesto aspecto. Luégo se dirigió á una de sus camaradas, una paliducha de aspecto inocente y aburrido, preguntándola:

— Señorita Margarita, ¿sabeis dónde está la señora Aurelia?

La interpelada, que se ocupaba en arreglar género, no se dignó levantar la vista.

— No sé dónde está, señorita Clara — dijo apénas con el extremo de los labios.

Reinó el silencio. Dionisia estaba inmóvil, sin que nadie se ocupase de ella. Esperó un instante y luégo se arriesgó á hacer una nueva pregunta:

— ¿Creeis que tardará la señora Aurelia?

La segunda de la seccion, mujer delgada y fea, que Dionisia no habia visto, con pronunciadas mandíbulas y cabello duro, la dijo desde un armario en donde revisaba etiquetas:

— ¿Es á la misma señora Aurelia á quien deseais ver?

Y preguntando á Margarita, añadió:

— ¿No está en los sótanos?

— No, señora Federica — contestó la interpelada. — No dijo nada, de modo que no puede estar léjos.

Dionisia siguió sin sentarse, á pesar de que habia allí sillas para los compradores; pero como nada la decian, permaneció en pié, no obstante que las piernas se negaban á sostenerla. Evidente-

mente habian adivinado aquellas señoritas que era pretendiente á oficiala, y la examinaban y desnudaban de reojo, sin benevolencia, con la sorda hostilidad de quien estando sentado á la mesa se niega á hacer sitio á un recién venido. Su turbacion crecia, y atravesando la pieza lentamente se puso á mirar á la calle para disimularla. Enfrente vió *El Viejo Elbeuf*, con su fachada grieteada y sus escaparates lóbregos, y la pareció tan horrible visto desde el punto de lujo y de vida en que lo veia, que sintió casi remordimientos.

— ¿Habeis visto sus botinas? — cuchicheó detras de ella Clara dirigiéndose á Margarita.

— ¿Y el vestidito, hija?.....

Sin quitar ojo de la calle se sentia devorada Dionisia. No sintió cólera por ello; tampoco ella encontró hermosa á ninguna de las dos, lo mismo á la alta, Margarita, con su moño de rojo cabello sobre su cogote de caballo, que la pequeña, Clara, con su cútis de leche ágría que matizaba su rostro liso y como sin huesos. Clara Prunaire, hija de un almadreñero de Viret, echada á perder por los mayordomos del castillo de Mareuil cuando la Condesa la tomó á su servicio, fué luégo á un almacén de Langres; y se vengaba al presente en París con los hombres, de los puntapiés con que el viejo Prunaire la molia los riñones. Margarita Vachon nació en Grenoble, en donde su familia tenia tienda de telas, y fué enviada á *La Dicha de las Damas* para cubrir un desliz, un niño hecho por casualidad. Se portaba bien y debia volver á Grenoble á dirigir la tienda de sus padres y á casarse con un primo que la esperaba.

— Me parece — dijo Clara — que ésta no pesará mucho aquí.

Se callaron al ver entrar á una mujer de unos cuarenta y cinco años. Era la señora Aurelia, mujer robusta, sofocada dentro de su traje de seda negra; su corpiño, tirante por el exceso macizo de carnes de la espalda, brillaba como una armadura. Tenia dos ojos grandes é inmóviles bajo pestañas negras, boca severa, mejillas anchas y un tanto caidas, y en su aspecto majestuoso de primera de la seccion tomaba su rostro la hinchazon de una mascarilla del César.

— Señorita Margarita — dijo con irritado tono — ¿por qué no habeis enviado ayer al taller el modelo del abrigo?

— Habia que hacer un retoque, señora — contestó la oficiala.

— La señora Federica lo guardó.

La aludida sacó de un armario el modelo y siguió la explicación. Todo cedía ante la señora Aurelia cuando debía defender su autoridad. Vanidosa hasta el punto de no quererse llamar por su nombre de Lhomme, que no la gustaba, y de renegar de la casa de su padre, del que hablaba como de un cortador de sastrería, no era buena más que para las que caían aduladoramente en adoración ante su persona. En otro tiempo, en el taller de confección que quiso montar por su cuenta, se había agriado, traqueteada por la mala suerte, exasperada al sentirse abandonada por la fortuna, y ahora, á pesar de su éxito en *La Dicha de las Damas*, en donde ganaba doce mil francos al año, parecía guardar ojeriza al mundo, mostrándose dura con las que empezaban, tal como se había mostrado la vida para ella.

— ¡Basta de palabras! — dijo al fin secamente. — No sois más razonable que las demas, señora Federica.... Que se haga en seguida ese retoque.

Durante esta explicación había dejado Dionisia de mirar á la calle. No le cabía duda de que aquella era la señora Aurelia; pero, asustada por sus voces, se quedó inmóvil esperando. Las dos oficiales habían vuelto á su quehacer, satisfechas por haber enzarzado á las dos jefes. Pasaron algunos minutos sin que nadie sacase á la jóven de su penosa situación. Por fin se apercibió la señora Aurelia de que estaba allí, y al verla inmóvil la preguntó qué deseaba.

— ¿La señora Aurelia?

— Soy yo.

Dionisia tenía la boca seca y las manos frías, acobardada como un niño que tiembla ante el castigo. Baluceó su petición, que casi no se entendía. La señora Aurelia la miraba fijamente, sin que un solo pliegue de su máscara de emperador se moviese.

— ¿Qué edad teneis?

— Veinte años, señora.

— ¡Veinte años! ¡Si apénas representais dieciseis!

Las oficiales levantaron la cabeza para escuchar el interrogatorio con aire de piedad desdeñosa. Dionisia se apresuró á añadir:

— Es que soy fuerte.

La señora Aurelia encogió sus amplios hombros y añadió friamente:

— Bien quisiera apuntaros, porque lo hacemos con todo el que se presenta.... Señorita Margarita, dadme el registro.

No se encontró al pronto: debía tenerlo sin duda el inspector Jouve. Mientras Margarita fué por él, se presentó Mouret, siempre seguido de Bourdoncle. Acababan dando vuelta por las secciones del entresuelo. Habían revistado los encajes, los chales, las pieles, los mueblajes, la lencería, y acababan por las confecciones. La señora Aurelia se separó y habló con ellos acerca de un pedido de gabanes que pensaba hacer; por lo general ella compraba directamente y bajo su responsabilidad; pero para las compras de importancia consultaba á la Dirección. Bourdoncle le contó en seguida la nueva distracción de su hijo Alberto, que pareció irritarla; aquel chico la mataría. Al ménos el padre no era fuerte, pero observaba buena conducta. Toda la dinastía de los Lhomme, de que era ella jefe indiscutible, la daba mucho que hacer.

Mouret se sorprendió de volver á hallar á Dionisia, y se inclinó para preguntar á la señora Aurelia qué hacía allí la jóven, y cuando la primera dijo que se presentaba como oficiala, se escandalizó Bourdoncle.

— Eso será broma — dijo. — Es muy fea.

— No tiene mucho de bonita — repuso Mouret sin atreverse á defenderla, pero acordándose del éxtasis de la juventud ante su escaparate.

Llegó el registro, y la señora Aurelia volvió junto á Dionisia. Ésta no gustaba decididamente. Estaba bien con su modesto vestido de lana negra, y aunque éste era nimio detalle, porque la casa proveía de traje de seda negro, parecía tener el rostro triste. Sin exigir que fuesen bonitas, se las quería agradables para la venta, y bajo las miradas de aquellos señores que la estudiaban y reconocían como borrico comprado en feria, acabó Dionisia de perder el aplomo.

— ¿Vuestro nombre? — preguntó la primera.

— Dionisia Baudu.

— ¿Edad?

— Veinte años y cuatro meses.

Y repitió, atreviéndose á levantar la vista hasta Mouret, el pretendido jefe de sección, que encontraba siempre, y cuya presencia la turbaba:

— No tengo aire de ello, pero soy fuerte.

Todos sonrieron, mientras Bourdoncle se miraba las uñas impaciente. La frase cayó en medio de un silencio embarazoso.

—¿En qué casa habeis estado en París?—volvió á preguntar á primera.

—Acabo de llegar de Valognes.

Este fué un nuevo desastre. *La Dicha de las Damas* exigía ordinariamente que sus oficialas tuviesen práctica de un año en cualquiera casa de París. Dionisia lo creyó perdido todo, y sin los niños, sin el deber que tenia de trabajar para ellos, se hubiera ido, poniendo fin á aquel inútil interrogatorio.

—¿Dónde estuvisteis en Valognes?

—En casa de Cornaille.

—Le conozco; buena casa—dijo Mouret.

Nunca acostumbraba á intervenir en aquel enganche de empleados; las jefes de seccion eran responsables de su personal.

Pero con su delicado sentimiento de la mujer, adivinaba en la jóven oculto encanto, cierto dón de gracia y ternura que ella misma ignoraba. El buen nombre de la casa en que habia servido era de gran peso y decidia de la admision. La señora Aurelia continuó con voz más dulce:

—¿Y por qué salisteis de casa de Cornaille?

—Por razones de familia—respondió Dionisia brevemente, poniéndose colorada.—Hemos perdido á nuestros padres, y he tenido que seguir á mis hermanos. Hé aqui un certificado.

Era éste excelente, y comenzaba á tener esperanza, cuando la desconcertó una última pregunta.

—¿Teneis otras referencias en París? ¿Dónde vivis?

—En casa de mi tío—murmuró, dudando en nombrarle por temor de que no aceptasen á la sobrina de un competidor.—En casa de mi tío Baudu... ahí enfrente.

Mouret no pudo contenerse, é intervino por segunda vez.

—¿Cómo! ¿Sois sobrina de Baudu? ¿os envia él?

—¡Oh, no, señor!

Dionisia se sonrió: tan singular le pareció la idea. Se transfiguró. Estaba sonrosada, y su sonrisa, en su boca un poco grande, era como una luz que iluminaba el rostro. Sus ojos grises se encendieron con ternura, sus mejillas marcaron dos encantadores hoyitos, y hasta sus cabellos parecieron alegrarse en aquel despertar de todo su sér.

—¡Pues no es fea!—dijo bajo Mouret á Bourdoncle.

El socio no convino en ello. La señorita Clara se mordió los labios, miéntras que Margarita volvia la espalda. Unicamente la

señora Aurelia pareció ablandarse y aprobó lo que decia Mouret.

—No sé por qué no os ha traído vuestro tío, cuando su recomendacion bastaba. Se dice que nos estorba, pero somos más fuertes de espíritu. Si él no ha podido daros plaza en su casa, le probaremos que apenas llegasteis la obtuvisteis en la nuestra. Decidle que sigo queriéndole, y que no me culpe á mí, sino á las nuevas condiciones del negocio, y que acabará por hundirse si persiste en sus manías antiguas.

Dionisia se puso pálida. Aquel era Mouret; nadie le habia nombrado, pero se nombraba él mismo. Ella lo adivinaba, y se explicaba por qué aquel hombre la habia impresionado en la calle, en la seccion de las sederias y la impresionaba entónces. Esta emocion, en la que no podia leer, pesaba grandemente sobre su corazón. Todas las historias contadas por su tío volvian á su memoria, agigantando á Mouret y rodeándole de una leyenda, haciendo de él el dueño de la terrible máquina cuyos engranajes la habian apresado desde por la mañana. Detrás de su airosa cabeza y su barba cuidada, veia la mujer muerta, aquella señora Hédoüin, cuya sangre habia enrojecido las piedras del cimiento. Entónces sintió el mismo frio de la vispera, y creyó sencillamente que tenia miedo á Mouret.

La señora Aurelia cerró el registro. Necesitaba una sola oficiala y tenia diez pedidos; pero deseaba demasiado agradar al principal para dudar. La peticion de Dionisia seguiria su curso: el inspector Jouve se informaria, daria cuenta, y entónces decidiria la primera de la seccion.

—Está bien, señorita—dijo majestuosamente para reservar su autoridad;—se os avisará.

La turbacion detuvo aún un momento á Dionisia. No sabia de qué modo salir entre toda aquella gente. Por fin dió las gracias á la señora Aurelia, y al pasar junto á Mouret y Bourdoncle, saludó. Éstos no se ocupaban ya de ella, y si de examinar el modelo de abrigo con la señora Federica, y apenas le devolvieron la cortesía. La señorita Clara hizo una mueca despreciativa mirando á Margarita, como profetizando mal recibimiento en la seccion á la debutante. Sin duda Dionisia sintió tras de sí aquella indiferencia y mala voluntad, porque bajó la escalera tan turbada como la habia subido, presa de singular angustia y preguntándose si debia ó no alegrarse de haber entrado. De todas sus impresiones dos subsistian y como que borran á las otras: la sensacion profun-

da que la había hecho Mouret, y la amabilidad de Hutin, único goce de aquella mañana, recuerdo encantador que la llenaba de agradecimiento. Cuando atravesó el almacén, le buscó con la vista para darle gracias, y se entristeció al no verle.

—¿Qué tal, señorita, hay buenas noticias?— la preguntó una voz conmovida cuando llegó á la calle.

Se volvió y vió al jóven pálido y desmadejado que la había dirigido la palabra aquella mañana. También él salía de *La Dicha de las Damas*, y parecía más turbado que ella por el interrogatorio que acababa de sufrir.

—¡Dios mio! ¡si no sé nada!—respondióle ella.

—Como yo, entónces. ¡Tienen un modo de hablar y mirar ahí dentro! He venido para la seccion de encajes, y salgo de casa de Crevecœur, calle Mail.

Estaban otra vez uno frente al otro, y no sabiendo cómo despedirse, se pusieron encarnados. Luégo, para decir algo que saliese del exceso de su timidez, preguntó el jóven:

—¿Cómo os llamis, señorita?

—Dionisia Baudu.

—Bueno; pues yo me llamo Enrique Deloche.

Entónces sonrieron, y cediendo á la fraternidad de sus situaciones se tendieron las manos.

—¡Buena suerte!

—¡Sí, buena suerte!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Los sábados, de cuatro á seis, ofrecia la señora Desforges una taza de té y pastas á los amigos intimos que iban á verla. La habitacion estaba en la confluencia de las calles de Rivoli y Argel, y los salones tenian luces al Jardin de las Tullerias.

Aquel sábado, cuando el criado iba á introducirle en el gran salon, apercibió Mouret en la antesala, por una puerta abierta, á la señora Desforges, que atravesaba el saloncito. Se detuvo al verla y entró para saludarla con aire ceremonioso; pero cuando el criado cerró la puerta, tomó vivamente la mano de la jóven, que besó con ternura.

—¡Ten cuidado, hay gente allí!—le dijo ella en voz baja, señalando á la puerta del salon.—He venido á buscar un abanico para enseñarlo.

Y con el extremo del tal abanico le dió alegremente á Mouret un golpecito en el rostro. Era una mujer morena, un poco gruesa, con dos hermosos ojos. Mouret la retuvo la mano y la preguntó:

—¿Vendrá?

—Sin duda—respondió ella;—me lo ha prometido.

Se referian al baron Decker, director del *Credito Inmueble*. La señora Desforges, hija de un consejero de Estado, era viuda de un negociante de Bolsa, que la habia dejado una fortuna, conocida por unos y exagerada por otros. Viviendo aún su esposo (deciase) se mostró agradecida al baron Decker, cuyos consejos financieros fluian en provecho de la casa, y muerto el marido debieron continuar las relaciones, pero siempre discreta y prudentemente. La señora Desforges no bullia, y se la recibia en la alta burguesia en que habia nacido. Aún al presente, en que la pasion del banquero, hombre escéptico, era casi paternal, se permitia tener amantes, que él la toleraba; pero ella hacia esto con tacto y me-